



## EL ESTADO REPRESIVO

No hace mucho que Fernando de los Ríos publicaba en un diario de Madrid un artículo muy sustancioso acerca del Estado policíaco. El Estado es hoy para los que des gobiernan el Reino de España no un Estado jurídico o que vele por la justicia cuidando de abrir cauce legal en todas las luchas políticas y económicas, no un Estado docente tampoco, no un órgano de cultura, sino un Estado policíaco, represivo. El terror lúvido de las gentes que se dicen de orden ha producido la máxima de que gobernar es reprimir. No resistir, sino reprimir. Y menos aún prevenir.

¿Prevenir? ¿Pero cómo? En el poder de la religión para contener las pasiones de los hombres no creen ya los conservadores. Ellos no creyeron nunca en Dios; la religión no fué nunca para ellos más que un arma política; la fe en la otra vida un medio de contentar al pueblo en sus contratiempos de esta vida. «Déjame el reino de este mundo y se te dará el del otro.» Pero ya ven que esa arma se les há mellado.

El fracaso, por lo menos pasajero, de la llamada Gran Campaña Social, la que propugnaba «El Debate», órgano del jesuitismo español, se debió principalmente a que nuestras clases de orden — del suyo — no creen en la eficacia de Universidades católicas y otros emplastos así. No creen sino en la Guardia civil, en el cuerpo de Seguridad, en la Policía. Y de aquí el abandono en que se le tiene al clero. Un soldado raso de la Guardia civil gana casi tanto como un canónigo y mucho más que la inmensa mayoría de los párrocos.

Hay en todas las diócesis unas suscripciones para promover las vocaciones religiosas; pero a pesar de ellas, de las becas y de otros arbitrios, los Seminarios se despueblan. Y no son pocos los curas que siguen luego carreras civiles o laicas — a pesar de que esto no gusta a sus autoridades eclesiásticas — para buscarse por otro lado el pan. En las últimas oposiciones a plazas de Bibliotecas y Archivos hubo un gran número de curas.

En un tiempo, no hace mucho todavía, los que no se resolvían a entrar en los Seminarios o se salían de ellos, se iban a las Escuelas Normales, a Correos, a Telégrafos, a Aduanas; pero ahora también las Normales empiezan a vaciarse. Y a la escasez de curas se seguirá la de maestros de escuela. Y es porque la conservaduría del orden no cree necesitar ni de religión ni de instrucción.

La clase de gentes que antaño ingresaba en los Seminarios o en las Normales se va ahora a la Guardia civil, al cuerpo de Seguridad, a Carabineros, a la Policía, al cuerpo de Penales, a todos los institutos de represión. Y como el jefe del puesto de la Guardia civil de un villorrio — un sargento — tiene mucho más sueldo y muchísima más consideración social que el párroco y el maestro, y aún que el médico en muchos lugares, resulta que tiene más autoridad teológica, pedagógica y científica.

Sabemos de algunos muchachos en título de maestros de Instrucción primaria que han ingresado en la Guardia civil, o en Penales, o en la Policía. Van buscando no sólo más sueldo, sino más fueros, más privilegios y más consideración social.

Eso de la autonomía universitaria, que aun colea, fué una argucia del jesuitismo para ir preparando la ruina de las Universidades oficiales, de Estado; fué un ataque al Estado docente. La instrucción pública ni la cultura no deben ser, según esa secta, función de Estado. Y no nos extrañaría que intentaran volver a entregar a los municipios el sostenimiento de las escuelas primarias. Con lo que el Estado se libertaría de una carga, pudiendo dedicar más cuidado y más caudales a los institutos de represión.

Hemos oído ya a un Integrista sostener que no es función del Estado — del Estado liberal — combatir el analfabetismo y aun defender éste. Con la socialista distinción entre educación e ins-

trucción. «Hay quien no sabe leer ni escribir y conoce perfectamente el Catecismo», nos decía.

Nuestros cándidos padres y abuelos dieron en decir que donde se abre una escuela se cierra un presidio; pero los hombres de orden de hoy creen que es mejor cerrar cien escuelas para poder abrir un presidio. Y hasta cerrar unas cuantas iglesias. Y creen, con el conde José de Mastre, en la sacrosanta función pública del verdugo. Hemos visto a altos dignatarios de la Iglesia rendir pleito homenaje a verdaderos verdugos.

El único hipo de estos gobiernos del actual Reino de España es reprimir. Hasta que la represa se rompa y salte y arrastre todo el fango mofético y hediondo del Reino.

Miguel de UNAMUNO.

